

## EN LOS 75 AÑOS DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA DE CIUDAD MÉXICO

*Arturo Sosa, S.J.*

Ciudad de México, México. Marzo, 2018

Un saludo muy cordial, desde la Ciudad de Roma, a todos los participantes en el congreso internacional que se está desarrollando en la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México, con motivo de los 75 años de esa institución.

No he podido acompañarlos personalmente en este interesante congreso internacional. Sin embargo, me quiero hacer presente para compartir el agradecimiento al Señor por tantos favores recibidos en estos 75 años y antes, porque la universidad no comienza de la noche a la mañana. Y quiero agradecer muy especialmente a todas aquellas personas que iniciaron esta idea con grandes esfuerzos, que abrieron las puertas de la universidad a todos aquellos que durante este tiempo han sostenido el crecimiento, en todos los sentidos, de la Universidad Iberoamericana, que hoy es un punto de referencia en la Ciudad de México. También quiero hacer memoria agradecida de quienes hoy están comprometidos con el trabajo universitario, llenos de esperanza porque la universidad siempre es una apuesta por el futuro y, aunque el presente es difícil, y aunque el futuro nos parece incierto, ésa es la apuesta que se hace desde la Universidad: la apuesta por el futuro en la investigación, en la creación de ciencia, en la formación de los jóvenes, en proyectar hacia el futuro la justicia que nuestros países latinoamericanos tanto necesitan.

Los 75 años de la Universidad Iberoamericana coinciden con el proceso de preparación del *Encuentro Mundial de Universidades encomendadas a la Compañía de Jesús*. Tuve la fortuna de participar, en representación de la Universidad Católica del Táchira, en Venezuela, en el Primer Congreso, en el año 2010, que se efectuó gracias a la generosidad de la Universidad Iberoamericana, en la sede de la Ciudad de México. En ese Primer Encuentro, el Padre Adolfo Nicolás se hizo presente. Y nos invitó a profundizar el compromiso con la promoción de la fe y la lucha por la justicia, como dimensión clave del trabajo universitario. Nos invitó, en el mejor estilo ignaciano, a examinarnos, a examinar nuestros frutos, y si realmente son nuestros egresados los que hacen la diferencia en nuestras sociedades porque han recibido una formación integral en nuestra

universidad, que hace que su trabajo profesional y su incidencia en la toma de decisiones públicas haga esa diferencia a favor de la justicia. El Padre Nicolás, además, nos invitó a la profundidad, a la profundidad en el pensamiento, a profundizar en el estilo de vida, a la profundidad en cómo nosotros transmitimos los conocimientos y la manera de hacer humana en este mundo con una visión universal. Eso es lo que nos hace distintos: universidad, universal, profundidad, buscar esa visión que va más allá de nuestros provincialismos. Y también nos invitó fuertemente en aquella ocasión a “enredarnos”, a crear redes. La experiencia de las universidades latinoamericanas ha sido muy bonita –he participado en todo su proceso durante muchos años–; también el proceso de las universidades norteamericanas, y entre unas y otras, y ahora queremos dar ese paso a una *Red Mundial* que nos permita acelerar nuestros propósitos de intercambio.

La reciente *Congregación General 36<sup>a</sup>* de la Compañía de Jesús, escuchó ese fuerte clamor de los pueblos por una vida más humana, por condiciones de vida más justas. Y por eso, esta Congregación como las anteriores, desde la 32, nos invita a seguir luchando por la justicia social como dimensión necesaria de la **reconciliación** de los seres humanos entre sí, reconciliación entre los pueblos, reconciliación entre las culturas que compartimos la misma casa común que es este planeta, la Naturaleza, de la cual depende nuestra vida y, sin embargo, también ella, la Naturaleza, está sometida a sufrir las consecuencias de estructuras injustas que ponen en peligro la vida misma. Ese fue el clamor sentido por la Congregación. Y lo puso en esa palabra de **reconciliar**. Un proceso de reconciliación que promueva también la Fe que como hermanos y hermanas reconocen el amor del Padre común, que nos regaló a Su Hijo, para derribar los muros del odio que nos separan y también para insuflarnos Su Espíritu, para caminar a paso ligero en la construcción de un mundo libre y solidario donde todos encuentren un puesto en la mesa de la dignidad humana: ése es el futuro al cual queremos contribuir montados sobre ese esfuerzo tremendo de Jesús en la cruz, que se convierte en el que derriba todo tipo de muros entre los seres humanos y nos reconcilia también con su Padre, Papá Dios como decimos los latinoamericanos.

Contribuir desde la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México, en red con otras universidades confiadas a la Compañía de Jesús, a esta compleja y también riesgosa tarea de reconciliación es lo que da pleno sentido a esta celebración de los 75 años como una bocanada de oxígeno para continuar el camino y acelerar el paso. Eso es lo que quisiera desearles a todos ustedes: que esta celebración de verdad oxigene la universidad, que le permita ver con nuevos ojos y con nuevo entusiasmo, ese gran esfuerzo que es la tarea universitaria.

La comprensión de las estructuras sociales de opresión, que causan tantas injusticias, y la búsqueda de alternativas viables para restablecer relaciones justas y abrir oportunidades de superación de la pobreza, la política democrática y el crecimiento humano integral que incluye la preservación del medio ambiente como antes referí, es la tarea propia de la universidad: comprender cada alternativa, transmitir a otros y ponernos en el camino de contribuir a hacerlo.

Para una universidad encomendada a la Compañía de Jesús, el desafío es comprender la realidad desde la mirada propuesta en el Evangelio, es decir, desde la mirada que sólo se puede adquirir mediante el tipo de encarnación entre los pobres de este mundo, que inició Jesús de Nazaret. Es también esa cercanía a los pobres la que permitirá buscar y hallar, como nos invita san Ignacio, alternativas sociales, económicas y políticas que ofrezcan oportunidades de vida humana y digna a los millones de personas de tantos pueblos y culturas a los que hoy se les niega esa dignidad típica de cualquier ser humano, hijo o hija de Dios.

La *Congregación General 36<sup>a</sup>* también nos terminó de convencer de que no estamos solos en este camino. Son muchos, muchísimos, los que contribuyen a transformar el mundo y podremos ser más efectivos si colaboramos con ellos en lograrlo. Quisiera recordar cómo la Compañía de Jesús nació como una mínima Compañía, una mínima Compañía que desde el comienzo se sintió mínima Compañía colaboradora con la misión de Cristo encomendada a la Iglesia. La Compañía de Jesús nunca quiso ser autorreferencial; la Compañía de Jesús tiene sentido como colaboradora en una misión que tantos compartimos desde la Iglesia y desde otras partes de la humanidad. Desde esa identidad fundamental estamos invitados a crecer en la colaboración con otros y también entre nosotros, que no podemos decir que está en su mejor momento. La colaboración entre nosotros no es un proceso sencillo ni fácil. La Compañía de Jesús es, hoy, un cuerpo multicultural, esparcido a lo largo y ancho del mundo, con obras de distinto género y tamaño, entre las que las instituciones educativas de todos los niveles tienen un peso enorme. La Compañía de Jesús es una Compañía que ha encontrado en el trabajo educativo un modo efectivo de contribuir a un mundo mejor. Entre ellas se cuentan alrededor de doscientas instituciones universitarias, también de distinto peso y complejidad, insertas en contextos bien distintos. Ahí está precisamente el reto: establecer una efectiva colaboración entre realidades universitarias tan diversas; una colaboración que, de partida, supone un enorme enriquecimiento para cada una de ellas, y esa convicción la digo desde el fondo de mi corazón porque lo he experimentado en mi experiencia en una institución pequeña en la frontera colombo-venezolana.

Cada universidad se enriquece cuando participa del aliento de las otras y también enriquece desde su propia perspectiva. Esto supone, también, adquirir la flexibilidad necesaria para adaptarse a nuevas realidades y crecer en una dimensión relativamente nueva para todas y cada una de las universidades que han desarrollado una fuerte identidad y cuentan con una tradición vinculada a su propia historia y a las realidades sociales o culturales en las que se desarrollan.

Las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús, las facultades que tienen larguísima tradición en Europa, en América o en otras partes del mundo, tienen que convertir esa tradición no en un peso sino, al contrario, en una memoria que les haga posible encontrar la novedad en esta manera nueva de colaborar unos con otros. Quiero aprovechar este momento para animarlos a convertir la memoria de los 75 años en una explosión de creatividad que ilumine su pensamiento y los lleve a proponer nuevas maneras de colaborar dentro de la misma institución y con otras universidades. Soy plenamente consciente del reto que significa en cada una de las universidades, sobre todo de aquellas que han desarrollado diversidad tan grande como la Ibero, de mantener esa colaboración interna, de hacerse de verdad un cuerpo que colabora, una institución dentro de la universidad con otra.

Creatividad también para poner en marcha experiencias novedosas, abiertas a todos los miembros de la comunidad universitaria: estudiantes, profesores, investigadores, empleados, obreros, autoridades, egresados... La universidad es una comunidad compleja y rica, y todo el que pasa por la universidad y todo el que vive en ella, debe tener la oportunidad de crecer como ser humano en esa colaboración y en ese hacerse parte de un cuerpo más grande. Estoy seguro de que la Ibero se verá enriquecida y compartirá su propia riqueza con otros que podrían aprovecharse del camino ya recorrido por ustedes. Creatividad necesaria para que la tarea universitaria sea un modo de discernir los signos de los tiempos y de colaborar con la manera como Dios sigue trabajando en este mundo. Esa es la invitación tan entusiasmante que hizo el Vaticano II: volteemos hacia el mundo porque Dios actúa allí y los signos de los tiempos nos hacen encontrar esa acción de Dios en la historia, y es a esa acción de Dios en la Historia a través de los signos de los tiempos que queremos nosotros, como universitarios y como jesuitas, hacerlo.

Vivimos tiempos de riesgo para la democracia, amenazada por todos lados. Amenazada por el crecimiento incesante de la desigualdad –y en sociedades desiguales la democracia nunca puede ser fuerte–; el aumento de la violencia en todas sus formas, que hace que la sociedad también viva con miedo, que

llega hasta a producir ese terror y terrorismo; la aparición en todas partes de personalismos mesiánicos (el Mesías ya vino, y vino en forma de pobre crucificado). La contribución de la universidad a formar ciudadanos integrales, con visión universal porque se reconoce la riqueza que representa la variedad cultural y se facilitan los espacios de diálogo e intercambio, puede ser clave para tener un futuro mejor. La universidad realmente es una inmensa oportunidad de contribuir a un mundo mejor.

El humanismo es una dimensión esencial en la tradición de la Compañía de Jesús, que hoy tiene una enorme vigencia pero también un nuevo rostro: representa el desafío de contribuir a la humanización de este mundo, que sufre la erosión de la Naturaleza, pero también la erosión de las relaciones sociales, de las relaciones entre los seres humanos, los pueblos, las culturas y las naciones, con tanta desigualdad en el acceso a los recursos –también de los recursos educativos– o en la autonomía para tomar sus propias decisiones.

Seamos, pues, humanos. Encarnémonos al estilo de Jesús de Nazaret, que no tuvo límites en su entrega y sembró la semilla en esta tierra, en la que nosotros, juntos, con imaginación creativa, colaborando cada vez más, queremos darle hoy fruto. Felicidades por los frutos que han dado en 75 años. Felicidades porque esa semilla sigue sembrada en el corazón de la Ibero.

Nos vemos en Bilbao, en Loyola, el próximo mes de julio y, sobre todo, nos seguimos viendo en este camino que queremos hacer juntos, “enredados”, con visión universal, como un solo cuerpo.

Curia Generalizia. 2018.